

DE LA NUEVA UNIVERSIDAD

Por el Prof.

AURELIO MANRIQUE, JR.

Director de la Biblioteca
Nacional de México

SIGNO gratamente consolador, verdadera "señal de los tiempos", el escuchar a porfía, de labios de maestros y estudiantes, con enfático acento de convicción firmísima, la expresión de que la Universidad de hoy vive con vida nueva, de cómo con renovado vigor traza nuevos rumbos a la acción y al pensamiento de su época.

A fuer de observadores serenos, sentimos, claro está, la necesidad de atenuar y precisar el alcance de tales afirmaciones, recordando desde luego que no hay solución de continuidad en la historia humana y que nada surge entre los hombres por generación espontánea; que cada generación está ligada a las que la precedieron, y de ellas recibe el legado de la tradición y la experiencia, que ha de transmitir a su vez a la posteridad.

Reducida así la cuestión a justas proporciones, resulta, sin embargo, innegable que la actual generación universitaria mexicana tiene características que la definen subjetiva y objetivamente, permitiéndole destacarse con individualidad inconfundible.

Si hay un ritmo en la vida y en la historia y por él nos es dado observar cómo se suceden, alternándose, épocas de pasión e indiferencia, de egoísmo y generosidad, de sórdido cálculo reflexivo y de romántico desdén de toda ventaja material; si a las generaciones que regatean su participación en la lucha, con especiosas sofisticas razones, siguen luego otras que se prodigan hasta el sacrificio; si a las gentes que proclaman la urgencia de establecer sobre la tierra el reinado de la justicia absoluta y de la razón pura, suceden en breve aquellas que se prosternan ante el becerro de oro; si esto es verdad, en México como en otras partes, no cabe duda que asistimos a un resurgimiento de la fe, del entusiasmo, de la generosidad; a una resurrección del anhelo generoso, de la vanidad su-

perior de dejar una huella de nuestro paso por la vida; a una reviviscencia del santo impulso de acercarse a los débiles, a los ignorantes, a los desheredados y darles y compartir con ellos nuestro vigor, nuestra ciencia, nuestra riqueza.

La primera y más definida consecuencia de tal sentimiento, de tal estado de conciencia de nuestra generación universitaria; el primer rasgo que justifica con creces a quienes os hablan de una "nueva Universidad", es una clara noción de "solidaridad humana". El aislamiento egoísta y estéril de antaño, hijo de prejuicios e intereses de clase, de casta, de capilla, desaparece ante la necesidad imperiosa de participar de anhelos, de intereses, de sufrimientos comunes.

Yacen por tierra las "torres de marfil" de estetas o soñadores, ajenos al dolor y la angustia de los demás. Y "como desdeñaron a la vida, la vida los desdeña", según la justiciera expresión de la Condesa de Pardo Bazán. Es esta, querámoslo o no, la era de la vida multitudinaria, la vida del ágora y en ella hemos de participar si queremos ser hombres de nuestra época y gentes de nuestro siglo. Y si de tarde en tarde disfrutamos el goce voluptuoso de un baño de soledad ¡ay, bien sabemos que sólo nos es dado para renovar energías y reanudar con ánimo la brega! ¡El lote del guerrero es la batalla y la tumba su único descanso!

La cultura, entonces, no será más privilegio de minorías ni instrumento eficaz de opresión al servicio de los poderosos de la tierra, sino por el contrario, como debió serlo siempre, riqueza para disfrute de todos; factor de primer orden para la liberación de los esclavos y víctimas de la desigualdad, de la explotación, de la miseria; panacea para el alivio de todas las miserias y las podredumbres del cuerpo y el espíritu del hombre.

Con esta convicción inquebrantable, el universitario, que ya sólo busca el aislamiento y la soledad para sus horas fecundas de meditación y estudio, siente el impulso irrefrenable de compartir con los menos afortunados el tesoro de su cultura, de su saber, "la única riqueza que no mengua al repartirse". Y realiza así el ideal de "poner la cultura al servicio de la humanidad", "la Universidad al servicio del pueblo".

Así se explican, ya en el terreno de las realidades objetivas, los Centros Obreros fundados por la Universidad en las grandes barriadas populares de nuestra metrópoli;

las brigadas estudiantiles que recorren los poblados campesinos circundantes, llevando por dondequier un mensaje animoso y jovial; así ese otro esfuerzo, serio y disciplinado de investigación y estudio con finalidades prácticas, que en los últimos meses viene desarrollando una Misión Universitaria en una de las zonas de nuestro país (la del Valle del Mezquital, en el Estado de Hidalgo), que menos beneficios ha recibido nunca de gobiernos y clases directoras de nuestro atormentado país.

Pero nutrirse en las aulas de nobles idealidades y volver en seguida la vista a nuestra realidad ambiente, comprobando sus miserias, sus dolores, sus seculares injusticias, ha de llevar a los jóvenes, no a la amarga conclusión de la esterilidad de todo esfuerzo sino a la decisión heroica de luchar y esforzarse por corregir y rectificar las imperfecciones y los absurdos de nuestra organización. Forje, en hora buena, el espíritu generoso de estudiantes y maestros la solución ideal a los problemas humanos. Surja de las mentes limpias y brote de la razón esclarecida la "República" de Platón, la "Utopía" de Tomás Moro, la "Ciudad de Dios" de San Agustín, la "Sofocracia" de Comte, la República Socialista de Fourier o Saint-Simon o la "Sociedad sin Clases" de Marx y Lenin; que cada uno señale su propia solución al problema social de nuestros tiempos; pero que no se olvide

que nada vale confesar y reconocer que "el mundo está mal" y que hay en él dolor e injusticia, si no nos ponemos animosamente a la tarea de remediarlo.

Nada, sin embargo, podrá realizar de sólido y duradero la Universidad, si no cuenta con el respeto de propios y extraños. Hecha ya su profesión de fe, de ponerse sin reticencias ni regateos al servicio del pueblo, de donde dimana y de que forma parte ella misma, no puede, no debe, no quiere convertirse en instrumento de facción ni servir intereses de grupo. En armonía con el Poder Público, mientras éste cumpla su misión esencial de servicio colectivo, no podría, en cambio, perder la propia autonomía, para convertirse en simple órgano de aquél, cuando tanto le importa el defender celosamente su propia estabilidad y substraerse a las contingencias y los riesgos de las luchas de facción a la mexicana.

Sólo esta posición, de independencia sin aislamiento, de colaboración sin sumisión, de solidaridad en el bien sin complicidades con ningún prevaricador, podrá garantizar a la vida universitaria la condición esencial para el éxito de su misión histórica: el desarrollarse y vivir en un ambiente de SERENIDAD.

Que el hombre de facción, de capilla, de secta, mire en hora buena la vida del país tras de su vidrito de color ahumado por el pesimismo, amarillecido por envidias y rivalidades o enrojecido por el odio; que cada faccioso no abarque del conjunto sino la estrecha porción que le consienta su ventanillo; pero que todo genuino universitario, exornado y vigorizado su espíritu con esa capacidad de síntesis característica de la verdadera cultura, sepa elevarse por encima de la visión limitada o deformada por contradictorios, antagónicos intereses, hasta la cabal comprensión del panorama nacional, orientarse en medio del tumulto y la algarabía de las pasiones y marcar con índice seguro a los vacilantes y medrosos el rumbo de la lejana meta.

Acaso otros, con visión diversa de los problemas y finalidades de la educación en la hora actual, crean hallar en la Universidad obstáculo y estorbo a sus propios fines. Tal creencia sería de su exclusiva responsabilidad. Por nuestra parte, recordando la bella imagen del Evangelio, según la cual "la mies es mucha, mas los obreros pocos", no podemos dar al olvido que estamos en un país enfermo de ignorancia e incultura, con una abrumadora proporción de analfabetas e iletrados, en que todo esfuerzo encaminado a la redención por el alfabeto, por la educación, por la cultura, lejos de alarmar a nadie, debe ser bienvenido; en que toda contribución a la magna tarea ha de acogerse, antes que con hosco ánimo de rivalidad mezquina, con noble espíritu de emulación, cordial y comprensiva.

Una cosa ha de defender la Universidad, por encima de todo, si en verdad la inspira el alto propósito de renovarse y contribuir a la renovación de México: sus valores morales; su decoro, su libertad, su pureza, su desinterés frente a los halagos de los prevaricadores del poder o del dinero, su desdén frente a las asechanzas y las insidias de gratuitos enemigos. Cumpla animosamente cada uno, sin regateos ni cobardías, con su deber y reclame su porción de sacrificio y el noble país nuestro, nuestro pobre pueblo enfermo de miedo y pesimismo, a fuerza de ser víctima de engaño, sentirá encenderse en su espíritu una firme esperanza, al escuchar a lo lejos, vibrante y jubilosa como una clarinada de combate, la palabra de aliento de la NUEVA UNIVERSIDAD.